

El espacio ex otomano: matriz de crisis actuales

Francisco Veiga
UAB

El 1º julio de 1798, Napoleón desembarcó en Egipto al frente de una fuerza de apenas 50.000 hombres. Por entonces, ese país era una provincia del Imperio otomano, que hasta el momento se había mantenido al margen de las guerras napoleónicas. Pero los tres años que duró la aventura francesa en Egipto pusieron patas arriba los tradicionales sistemas de alianzas en Oriente. El Imperio otomano fue zarandeado por los acontecimientos como nunca antes lo había sido. Los cambios de alineamiento se sucedieron en función de las victorias francesas en Europa y de la presión de británicos y rusos¹ Pero lo peor fue que, cualesquiera fueran los aliados circunstanciales, resultaba una ardua y peligrosa tarea evitar que aprovecharan su posición para hacerse con el control de porciones del imperio. Los rusos, a los que se concedió libre paso por los estrechos para atacar a los franceses, intentaron establecerse en el Adriático y las islas Jónicas, lo cual llevó a convertir a estas islas en una República Septinsular bajo la protección de Alí Paşa de Janina, con San Petersburgo detrás. Los británicos intentaron quedarse en Egipto tras ayudar a expulsar a los franceses. En 1803, los rusos sacaron provecho de su posición de fuerza en los Principados y nombraron príncipes rusófilos en Moldavia y Valaquia. Dos años más tarde apoyaban abiertamente la insurrección serbia.

La expedición napoleónica en Egipto terminó mal. Aunque sus fuerzas obtuvieron una serie de fáciles victorias iniciales contra las fuerzas de caballería de los mamelucos que habían permanecido en la zona, la mayoría de esas fuerzas, apoyadas por las tribus beduinas, se retiraron al Alto Egipto, donde organizaron una resistencia más eficaz. Por lo tanto, los franceses no lograron llegar hasta el Mar Rojo para dañar al comercio inglés, objetivo real de la audaz operación. Mientras tanto, la flota británica al mando de Nelson hundió a la francesa en Abukir, a sólo un mes del desembarco. El cuerpo expedicionario de Napoleón se quedó aislado en tierra con una sola posibilidad estratégica: la huida hacia adelante. La conquista de Siria también fracasó tras las victorias iniciales: la ofensiva francesa se estrelló ante la resistencia otomana en Acre.

Con la expedición napoleónica a Egipto comenzó el principio del fin para el Imperio otomano. Hasta 1914, las potencias occidentales iban a desarrollar sobre su territorio la esencia del juego imperialista: maximizar los beneficios; bien controlando de forma directa provincias y recursos, o presionando e intentando manipular a la Sublime Puerta para que mantuviera la integridad del resto. La preservación de un “espacio otomano” bajo soberanía formal de Estambul, pero control exterior indirecto tenía un doble objetivo: a) Preservar las inversiones hechas en él; b) Evitar un temible “agujero geoestratégico” resultante de la desaparición de la autoridad de Estambul que, o bien llevaría la anarquía a toda la zona de Oriente Próximo, el Magreb y los Balcanes, o caería bajo el control de una potencia rival.

Esa potencia era Rusia, que ya había desencadenado varias guerras con el objetivo de destruir el Imperio otomano y recrear sobre sus ruinas un nuevo Imperio de

¹ La expedición contra Egipto provocó la guerra entre el Imperio otomano y Francia y una alianza con Gran Bretaña y Rusia. Esa situación cambió a partir de la paz de Amiens entre la Sublime Puerta y París en 1802. Dio un giro anti francés tres años más tarde, aunque se produjo un nuevo cambio de signo en febrero de 1806, a raíz de la victoria napoleónica en Austerlitz.

Oriente, sucesor del bizantino. Ya en 1453, la caída de Constantinopla fue contemplada desde tierras rusas como un castigo por sus pecados, que se resumían en el peor de todos ellos: la apostasía de la unión con la iglesia de Occidente. Su indignación por la denominada Unión de Florencia, ya en 1439, fue tal -con todo lo indefinidos que fueron sus resultados- que expulsaron al arzobispo unionista Isidoro, impuesto en su día desde Constantinopla. Poco tiempo después, el metropolitano de Moscú proclamaría la primacía de la Iglesia ortodoxa rusa como defensora de la cristianada. "Han caído dos Romas -escribió el monje Filoteo en 1512- pero la tercera está en pie y no habrá una cuarta". Por entonces ya no reinaba Ivan III el Grande, que se había proclamado zar (o *caesar*) de todas las Rusias y casado con la princesa bizantina Sofía Paleólogo. Pero para muchos rusos, ciertamente, el destino de Rusia como continuadora del Imperio bizantino formaba parte de los planes de Dios.

El zar Pedro el Grande (1689-1725) fue el primer estadista ruso que elaboró proyectos concretos para asestar golpes decisivos al Imperio otomano. Intentó convertir al Mar Negro en un lago ruso, como primer paso para controlar los Estrechos y tomar Estambul, restituyendo la antigua Constantinopla. el primer paso se concretó en 1696, cuando las tropas rusas capturaron Azov, amenazando Crimea y el destino de los fieles y útiles aliados tártaros del sultán. Pero un nuevo peligro se hizo patente en 1762, año en que Catalina Alexeievna se convirtió en la nueva zarina de Rusia tras un golpe de estado que le costó la vida a su marido, Pedro III. Modelo para los déspotas ilustrados de la época, astuta y trabajadora incansable, la "Minerva rusa", como la denominaban los filósofos franceses, había llegado al poder con ideas bien claras respecto al destino de las dos decadentes potencias en sus fronteras occidentales: Polonia y el Imperio otomano. Ambas eran un estorbo para la salida al mar de Rusia, tanto el Báltico como el Mediterráneo. En tal sentido, Catalina II estaba recurriendo a planes establecidos por Pedro el Grande, pero llevándolos más allá todavía. La progresiva eliminación de esos adversarios serviría para acercar Rusia a Europa, a la vez que se planteaba de nuevo y en fuerza la recuperación de Constantinopla para la cristiandad.

Las guerras de 1768-1774 y 1787-1792 supusieron dos golpes muy duros, dirigidos contra el corazón del Imperio. Especialmente, la segunda contienda citada: en esa ocasión, Catalina la Grande había preparado con detalle la posible expulsión de los tucos de territorio balcánico, demostrando fehacientemente que Rusia se disponía a demoler pieza a pieza, sistemáticamente y sin contemplaciones. al Imperio otomano. En nombre del equilibrio estratégico en la zona incluso se había pergeñado el denominado "esquema griego", pactado en secreto con el emperador austriaco. En virtud de ese plan, tras la victoria militar, los principados de Moldavia y Valaquia serían reunidos en un estado denominado Dacia, bajo directa influencia rusa, para lo cual el príncipe Potemkin sería nombrado primer príncipe. Pero lo más importante del proyecto era la restauración del imperio bizantino con capital en la antigua Constantinopla, que reuniría los territorios de Tracia, Macedonia, Bulgaria y el norte de Grecia, bajo la corona de un nieto de la zarina, nacido en 1779, bautizado para el caso como Constantino y educado para tales propósitos. Este detalle da idea de lo elaborado que estaba el proyecto de destrucción del Imperio otomano en la cabeza de Catalina la Grande. De hecho, el "esquema griego" se completaba con una serie de compensaciones a efectos de conservar el oportuno equilibrio de poder con las potencias de la zona, por lo que la destrucción del Imperio otomano venía a ser el complemento del reparto de Polonia. Así, Austria recibiría el control de los Balcanes occidentales: Serbia, Bosnia-Herzegovina y porciones de Dalmacia en manos de Venecia. Y de hecho, Austria terminó combatiendo contra los otomanos como aliada de Rusia. La decadente

Serenísima tendría también su compensación con los territorios de Morea y las islas de Creta y Chipre, lo que no era un botín despreciable. Que el “esquema griego” iba más allá del reparto de los territorios balcánicos lo demuestra el hecho de que incluso Francia tendría un resarcimiento por la destrucción de su protegido y aliado Imperio otomano, con la cesión de Siria y Egipto, territorios de gran importancia para su comercio del Levante. Francia entraba en este proyecto de reparto debido a la proximidad dinástica que se había producido entre París y Viena por el matrimonio de Luis XVI con la austriaca María Antonieta. Por lo tanto, proyectos que cobrarían plena vigencia a lo largo del siglo siguiente, e incluso del XX, tenían su origen en épocas bien anteriores.

Sin embargo, y a pesar de los beneficios que habría obtenido Francia a partir del “esquema griego”, la incursión de Napoleón no obedecía a esos esquemas. El Gran Corso sólo se planteaba utilizar a Egipto como plataforma para un ataque en profundidad contra el Imperio británico. Posteriormente, no intentó implicar al Imperio otomano en sus guerras, temeroso del enorme “vacío geoestratégico” que su desaparición provocaría. Ese esquema se repitió a lo largo de todo el siglo XIX, pero complicado con la intromisión de una serie de fuerzas que iban a interactuar entre sí hasta el punto de rebelarse incontrolables por parte de las potencias intervinientes.

La contención de los intentos rusos por destruir al Imperio otomano durante el siglo XIX constituyeron un éxito notable para la diplomacia occidental. El primer y brillante ejercicio fue la Paz de Adrianópolis, en 1829, tras una corta guerra en la que los rusos estuvieron más cerca de alcanzar su objetivo: Sin los jenízaros, sin marina, con el resto del ejército en plena reorganización, sólo unidades provinciales y tropas irregulares intentaron una defensa imposible del Imperio otomano. Pero las tropas del zar avanzaron casi sin oposición. Por el este, los invasores atravesaron el Cáucaso y penetraron en Anatolia, con la colaboración activa de la población armenia. En el verano de 1829, la resistencia militar otomana colapsó, y los rusos alcanzaron Erzurum, en Anatolia, avanzando sin resistencia hacia Trabzon. Pero en los Balcanes llegaron a tomar Edirne, la antigua capital imperial.

A pesar de que la situación llegó a extremos insostenibles, las potencias occidentales, y los británicos en particular, consiguieron evitar lo peor. Ex cierto que el zar Nicolás I no se atrevió a llegar hasta el final. Era lógico, porque Rusia aún formaba parte de las grandes potencias garantes del equilibrio europeo post-napoleónico, y la destrucción unilateral del Imperio otomano también se lo habría llevado por delante. Pero el Tratado de Adrianópolis instituyó de forma clara el principio de protección del Imperio otomano por las potencias occidentales y en especial por la Gran Bretaña, potencia que no estaba dispuesta en modo alguno a tolerar una expansión decisiva de Rusia que afectaría peligrosamente al propio Imperio británico.

A partir de entonces, la Sublime Puerta iba a ser defendida incluso activamente y con las armas en la mano por algunas potencias europeas, para las cuales su destrucción acarrearía más problemas y conflictos que su mantenimiento. En todo caso, la línea de acción principal pasaba por la explotación capitalista del Imperio otomano, como mercado unificado: un planteamiento simbiótico que estaba en la base del imperialismo a esas alturas del siglo XIX y que en todo caso preveía la voladura controlada o la reestructuración funcional de aquellas partes que no interesaran o fueran susceptibles de un sustancial aprovechamiento.

La Guerra de Crimea (1853-1856) fue consecuencia de esa política. Lo que buscaron los británicos en ella fue destruir la potencia naval de un peligroso competidor comercial y estratégico tanto en el Imperio otomano y el Mediterráneo oriental, como en la temprana pugna por la expansión imperial en Asia Central. Para el Imperio otomano fue el gran espaldarazo. Los aliados occidentales le habían hecho un enorme servicio estratégico: habían anulado la amenaza rusa de forma perdurable por primera vez desde 1699. No es descabellado afirmar que la Guerra de Crimea contribuyó decisivamente a alargar la vida del Imperio otomano por más de sesenta años; pero la factura que iban a pagar a sus protectores iba a ser ciertamente onerosa.

En 1877 Rusia se había recuperado y de nuevo se lanzó a una guerra en profundidad contra el Imperio otomano, con Estambul como objetivo final. Tras una muy dura lucha en Bulgaria, en enero de 1878 las fuerzas rusas estaban ya a pocos kilómetros de la capital. Es dudoso que los cansados ejércitos rusos pudieran tomar al asalto una urbe como Estambul, que estaba siendo fortificada y a la que acudían en masa entusiastas voluntarios para defenderla. Pero sobre todo, Londres estaba en el colmo de la exasperación. La guerra con los rusos parecía inminente y las multitudes enardecidas de patriotismo cantaban tonadillas que punteadas por la exclamación “*by jingo!*” dieron lugar al adjetivo “jingoísta”, similar a “chauvinista”. Ellos tenían los barcos, los hombres y el dinero para la salvar al Próximo Oriente y la India de los apetitos peligrosos. Así, aunque rusos y otomanos ya habían comenzado contactos y negociaciones a finales de enero, la flota fue despachada a proteger los Dardanelos y quizás incluso Estambul.

Una vez más, los rusos desistieron. Intentaron rentabilizar política y estratégicamente los frutos de su victoria haciendo firmar a los vencidos el Tratado de San Stefano. Éste daba carta de naturaleza a una Gran Bulgaria que comprendía incluso la actual Macedonia y que se convertía en base avanzada para un futuro ataque ruso contra el corazón del Imperio otomano. Pero una vez más intervinieron las potencias occidentales, ahora para rebajar incluso tales expectativas. Así fue como se reunieron en el Congreso de Berlín, que en 1878 intentó un primer reordenamiento de los nacientes estados soberanos de los Balcanes: es decir, de la primera porción amputada del Imperio otomano. Los representantes de la Sublime Puerta fueron unos meros convidados de piedra; cierto es que la conferencia se hizo para atajar las ambiciones rusas, pero el resultado revirtió, como en 1829 ó 1856 en la supervivencia del Imperio otomano, unos años más.

Los esfuerzos por preservar la integridad del Imperio otomano no se circunscribieron a las presiones diplomáticas. El 3 de noviembre de 1839, en el denominado Pabellón de las Rosas (Gülhane) en presencia de las más altas autoridades del estado, ulemas y personalidades religiosas y ante una multitud que apenas se protegía de la fría lluvia, el sultán Abdülmecid I leyó solemnemente el Hatt-ı Hümayun o decreto imperial que inauguraba formalmente el *Tanzimat-ı Hayriye* o Benéficas Disposiciones. El decreto leído en Gülhane contenía promesas de gran calado social e institucional. Aparte de disponer el establecimiento de un aparato fiscal regular, y desarrollar un sistema de recluta, entrenamiento modernos para las fuerzas armadas, garantizaba que los sujetos que constituían la población del Imperio era iguales entre sí, sin distinción de religión ni nacionalidad, algo que estaba intrínsecamente en contradicción con la ley musulmana básica y que contradecía de plano los fundamentos sociales del estado desde su fundación. En consecuencia, éste garantizaba la vida, seguridad, honor y propiedades de la población. Por ello y a pesar de que no se puede

considerar que fuera una constitución –el sultán podía abrogar las reformas que él mismo había ordenado aprobar- el decreto de 1839 constituía el acta de nacimiento de la ciudadanía otomana, aboliendo el estatuto de siervo y poniendo legalmente en entredicho el de súbdito, aunque las nuevas leyes que debían hacer a todos los ciudadanos iguales no estaban aún redactadas ni aprobadas.

De esa forma comenzó el denominado periodo de las Tanzimat o reformas destinadas a modernizar el Imperio otomano. Éstas se prolongaron hasta poco antes de la denominada Revolución de los Jóvenes Turcos, en 1908, con un punto de inflexión en 1856, cuando se lanzó una segunda oleada de reformas tras la Guerra de Crimea. En conjunto se centraron en la construcción de todo un entramado jurídico e institucional que, si bien dio lugar a un moderno estado otomano, no sirvió para poner las bases de una revolución industrial y hacer del imperio un serio competidor de las grandes potencias de la época. En realidad, esto no fue debido a la torpeza sistemática de los gobernantes otomanos o a cualquier otra explicación basada en la supuesta incapacidad de una sociedad islámica para evolucionar en el modelo occidental de modernidad. Los embajadores de las grandes potencias europeas interesadas en impulsar las Tanzimat estuvieron presentes aquel 3 de noviembre de 1839 en la Gülhane, junto al sultán; y también enviaron duras notas de presión, a comienzos de 1856, para que el sultán volviera a impulsar las reformas, cuyo resultado fue la proclamación de un nuevo Hatt-ı Hümayun o decreto, el 18 de febrero de 1856. De la misma forma, tres años más tarde la preocupación volvió a irrumpir entre la comunidad diplomática de las grandes potencias, a la cual las reformas se les antojaban lentas hasta la exasperación; y en octubre, presentaron un memorándum de queja al gran visir. En 1861, en medio de una manifiesta crisis financiera, falleció el sultán Abdülmecid de tuberculosis, siendo sustituido por su hermano, Abdülaziz. Esto no contribuía a despejar el panorama, bien al contrario. Si bien el primero había sido un hombre de constitución enclenque, carácter pusilánime y temperamento reservado que había gastado una fortuna en concubinas y palacios, al menos había demostrado ser una persona sensible, de refinados gustos occidentales, que incluso había compuesto algunas piezas de música de cámara. Por supuesto, había ayudado a impulsar las Tanzimat; todo ello a pesar de su desconfianza en los visires y de la influencia de su madre, la sultan valide Bezmialen, amante del líder del partido de los conservadores. Pero el contraste con su hermano y sucesor, Abdülaziz, no podía ser mayor. Hombre de perfil netamente rústico, de gran envergadura y fortaleza, su pasión era la lucha, uno de los deportes nacionales turcos; sus súbditos, muy al corriente de esta afición, pronto le conocieron como *Güreşçi*, el “Luchador”. También le gustaban los combates de camellos y carneros –una afición de los pastores, incluso hoy en día- y las peleas de gallos. Se había pasado los primeros 31 años de su vida recluido en palacio y no poseía una educación mínimamente refinada¹. Con una persona así al frente del imperio, los embajadores occidentales se temían lo peor en relación con la continuidad de las reformas.

En febrero de 1867, el gobierno francés, respaldado por el británico y el austriaco presentaron ante la Sublime Puerta una nota urgiendo una política de reformas más activa, añadiendo algunas sugerencias bastante detalladas. Pocos meses más tarde, Napoleón III echó una mano adicional invitando a Abdülaziz a visitar la Exposición Universal de París. Así que, por primera vez en la historia del Imperio otomano, un sultán realizaba una gira por las capitales de la Europa occidental. Abdülaziz regresó a Estambul muy impresionado y se lanzó a promover la modernización del imperio con un entusiasmo temerario. Se encargaron las locomotoras más modernas a Gran Bretaña para los escasos kilómetros de vía férrea tendidos hasta entonces y se compraron nuevas y modernas fragatas blindadas para la flota. Todo ello quedó rematado en 1869 con la

inauguración del canal de Suez, iniciado diez años antes. Se reorganizó el motor jurídico de las reformas, desdoblándose el Consejo de Ordenanzas en un Consejo de Estado, inspirado en el Conseil d'État francés, como corte suprema de apelación, con responsabilidades consultivas y cuasi legislativas.

En definitiva, más reformas en la misma línea habitual: facilitar los intercambios comerciales, favorecer la intromisión política, utilizar el territorio otomano en beneficio propio, impulsar las ventas e inversiones y evitar la promulgación de leyes o tarifas proteccionistas por el estado otomano. No por casualidad, las escasas fábricas que existían hacia el final del sultanato de Abdülhamid II sólo elaboraban productos tales como ladrillos de construcción, vidrio o papel. Constituían una cierta excepción las factorías asociadas al impulso de la agricultura industrial impulsada por esos años: básicamente el algodón y la seda, o las relacionadas con algunos aspectos del armamento y equipo militar, pero que nada tenían que ver con la industria pesada. Por lo tanto y durante demasiados siglos, el Imperio otomano fue un estado “sin puertas”, en el cual, por ejemplo, circularon sin restricciones todo tipo de monedas extranjeras durante décadas. O donde el servicio de correos estuvo gestionado desde la primera mitad del siglo XVIII por las delegaciones diplomáticas extranjeras. Cuando en 1874, establecido desde hacía años un servicio estatal de correos otomano, se intentó terminar con la extensa red postal alternativa, las potencias que lo gestionaban se opusieron rotundamente. Lo cual resultaba claramente abusivo, pues la resistencia de las potencias a la nacionalización de los servicios de correo otomanos violaba un derecho al monopolio postal que ellos defendían y aplicaban a rajatabla en sus propios países.

Pero el esfuerzo de las grandes potencias por mantener la integridad del Imperio otomano en beneficio propio tuvo también una doble cosecha de consecuencias de gran alcance relacionadas con la estructura social. Resulta evidente que las Tanzimat no contribuyeron a crear una sólida burguesía comercial que hubiera servido para impulsar una revolución industrial, una modernización social extensa y una plataforma política estabilizadora. La construcción de una compleja maquinaria estatal dio lugar a la aparición de una extensa burguesía funcional que mayoritariamente era de procedencia turca y musulmana. En cambio, a lo largo del siglo XIX, la burguesía comercial y financiera fue armenia, griega y judía, mayoritariamente. Esa dicotomía no sólo evitó que catalizara una clase media de negocios interétnica que hubiera dado un importante impulso al desarrollo del Imperio otomano: de hecho sirvió para perpetuar una hostilidad mutua que derivó en dos grandes tragedias a comienzos del siglo XX: el genocidio armenio de 1915 y el masivo intercambio de poblaciones entre Grecia y la República turca pactado en Lausanne, en 1923. Pero a su vez, ese catastrófico resultado final fue resultado de años y décadas de presiones e ingerencias de las grandes potencias, comenzado por Rusia y Austria, y terminando por todos los demás.

La forma que adquirieron desde un principio esas prácticas partía del mismo modus operandi: con cada guerra perdida, comenzando con la austro-otomana de 1683-1699 –y el Tratado de Karlowitz– los vencedores imponían cláusulas especiales a favor de las minorías cristianas en el Imperio otomano. La culminación de la primera fase de imposiciones de ese tono se alcanzó con el Tratado de Küçük Kaynarca, en 1774, que finalizó la guerra con Rusia que había comenzado en 1768. En virtud de lo impuesto, el sultán debería otorgar a la zarina el derecho de edificar un templo ortodoxo en Estambul, un poderoso símbolo que parecía anticipar amenazadoramente el retorno de la cristiandad a Constantinopla, pero que también estaba relacionado con el derecho que adquiriría Rusia de proteger a los cristianos ortodoxos del Imperio, una concesión que emplearía fondo durante los años venideros. Además, apoyándose en parte en el tratado, agentes disfrazados de observadores se dedicaron a atizar el descontento de las

poblaciones cristianas ortodoxas, e incluso las actividades de corsarios griegos contra el tráfico marítimo otomano en el Egeo. Tras una nueva guerra, el Tratado de Iași en 1792, completó al de Küçük Kaynarca: los súbditos griegos del sultán podrían comerciar bajo la protección del pabellón ruso. Pronto descubrieron el enorme mercado que suponía el sur de Rusia y florecieron las colonias griegas en las costas del Mar Negro.

Que los grandes gestos hacia los súbditos cristianos del sultán no eran de matiz ideológico lo demuestra el que los rusos dejaron abandonados a los patriotas griegos que se sublevaron en los Principados Danubianos en 1821. Estos contaban con la ayuda del zar para desencadenar un alzamiento cristiano a escala balcánica. El objetivo final era marchar sobre la antigua Constantinopla y restaurar el Imperio bizantino. Pero ese era precisamente el objetivo de los rusos y no admitían competidores. Los griegos obtuvieron su independencia gracias al apoyo inesperado de los voluntarios filohelenos y la escuadra anglo-francesa en 1827; pero la guerra que desencadenaron los rusos a continuación ya no estaba destinada a ayudarlos, sino a destruir al Imperio otomano. Y para ello, esta vez, armaron a voluntarios armenios en el frente de Anatolia oriental.

En 1877, las tropas rusas volvieron a repetir la misma estrategia: distribuyeron armas a las comunidades armenias para provocar acciones de guerrilla o levantamientos insurreccionales que sirvieran de apoyo a su ofensiva en el Cáucaso y Anatolia oriental. El fomento del nacionalismo armenio no se basó sólo en ese tipo de acciones. Por ejemplo, mediados del siglo XIX, la ingerencia exterior contribuyó a minar decisivamente el carácter religioso de los millets, la conocida institución otomana que desde 1453 constituía una muy flexible entidad administrativa de carácter autónomo para las principales confesiones religiosas no musulmanas del Imperio. Así, en 1850 los armenios consiguieron de la Sublime Puerta el derecho a constituir un “millet protestante” a partir de 15.000 sujetos que misioneros americanos y británicos habían convertido al protestantismo en el conjunto de todo el Imperio. La novedad consistía en que el obispo que debía ejercer la autoridad podría estar asesorado por un comité religioso y otro laico, encargado de dirigir las cuestiones seculares del millet. Esto era abrir una puerta para la obtención de privilegios administrativos internos que iban más allá de la esencia de aquello que era el millet como institución: una comunidad confesional que era. Y las cosas se complicaron más todavía cuando el mismo gobierno otomano comenzó a utilizar los mismos trucos para contrarrestar los nacionalismos que se originaban en torno a las identidades religiosas. Así, la naciente burguesía nacional búlgara inició una verdadera campaña sistemática y bien organizada para obtener su propia iglesia autocéfala. En 1860 se produjo una seria ruptura interna entre la Iglesia búlgara de Estambul y el Patriarcado, a lo que siguió, una década más tarde, el reconocimiento oficial por la Sublime Puerta de un flamante Exarcado búlgaro independiente.

Las grandes potencias imperialistas intentaban manipular a su antojo estos resortes, muchas veces de forma notoriamente cínica. Así, en 1878, el patriarca armenio de Constantinopla, Mgrditch Khrimian (1869-1873) que inicialmente se había declarado leal al estado otomano e incluso había hecho un llamamiento para que los armenios tomaran las armas contra el invasor ruso; organizó una delegación que acudió al Congreso de Berlín para conseguir de las grandes potencias el apoyo necesario a fin de obtener lo que búlgaros, rumanos y griegos habían logrado. Ni los rusos ni las potencias signatarias del Congreso de Berlín atendieron las peticiones armenias porque estaban ante un caso más complicado que el de cualquier país balcánico: comenzando por el hecho de que los armenios no eran mayoría poblacional en ninguna de las seis provincias anatólicas en las que se concentraban y resultaba imposible recrear sobre esas bases la realidad de cualquier nación balcánica. Además, a los rusos les interesaba

mantener en el corazón del Imperio otomano una minoría étnica persistente y crecientemente descontenta con Estambul. Esa situación se agravó con la llegada masiva de refugiados procedentes de las limpiezas étnicas perpetradas por los nuevos estados balcánicos y Rusia, potencia ésta que a partir de 1861 comenzó a expulsar masivamente circasianos y abjazos en dirección a Anatolia. Los armenios se quejaban de que la presión demográfica y poblacional iba en su contra y que los recién llegados, extremadamente pobres, amenazaban sus tierras en los vilayets orientales de Anatolia, donde se concentraba la mayor parte de la población armenia. Ese problema había comenzado ya en 1861, pero a partir de 1878 alcanzó cotas dramáticas, cuando decenas de miles de musulmanes fueron expulsados o escaparon de los Balcanes y Rusia y se establecieron en el Imperio otomano, en ocasiones vecinos a las tierras o propiedades de la población armenia en los confines orientales de Anatolia. Como cualquier otra minoría bienestante, los armenios pronto comenzaron a protestar contra lo que consideraban una maniobra del gobierno para presionarles o forzar un desalojo gradual.

Esta situación envenenó las relaciones entre la comunidad armenia y las autoridades otomanas a lo largo del último cuarto del siglo XIX. A ello contribuyó en no escasa medida la actitud de la política exterior rusa, que ni quiso ni pudo apoyar a los nacionalistas armenios. La reacción de las grandes potencias a la paz de San Stefano y la creación de una Gran Bulgaria ya fue suficientemente enérgica como para, además, apoyar el surgimiento de una Gran Armenia independiente, fiel a Rusia. En tal sentido, la delegación de Khrimian se cavó su propia tumba política al acudir a la Conferencia de Berlín, en 1878: era virtualmente imposible que las potencias occidentales contribuyeran a una mayor influencia rusa en los destinos del Imperio otomano cuando precisamente se había reunido en Berlín para impedir eso. Por otra parte, los mismos rusos poseían una importante población armenia en su territorio y veían con desconfianza la posibilidad de crear un estado independiente al otro lado de su frontera.

Pero el principal problema terminó siendo que las mismas nacionalidades minoritarias del Imperio otomano se acostumbraron a demandar la intervención de las grandes potencias para dirimir sus diferencias con la sublime Puerta o entre ellos mismos. Los serbios en 1804 y los griegos en 1821 habían mostrado el camino: la llamada de auxilio podía funcionar desde un primer momento –como en el caso de los serbios- o fracasar, como le ocurrió a Aléxandros Ypsilantis, el líder de la sociedad conspirativa Filikí Etería que intentó organizar un magno levantamiento de los pueblos balcánicos cristianos encabezados por los griegos. Pero si los insurrectos resistían y sobre todo, eran capaces de encajar pérdidas humanas durante algún tiempo, alguien terminaba llegando desde el exterior con la ayuda militar necesaria. Este mecanismo se repitió en los Balcanes en innumerables ocasiones, desde 1804 hasta 1999, haciendo de esa península uno de los territorios con mayor número de intervenciones militares y diplomáticas del mundo.

Pero en realidad, el fenómeno se extendió a todo el territorio del Imperio otomano, haciendo de sus restos el gran criadero de crisis irresolubles del siglo XX y comienzos del XXI: Líbano, Palestina, Irak, el Kurdistán o el Caucaso configuran esa constelación de problemáticas en las que, junto con Bosnia, Kosovo o Macedonia se mezclan enfrentamientos interétnicos más o menos reales, con intervenciones internacionales mal resueltas, disfrazadas de intereses geoestratégicos a veces un tanto anacrónicos. Es cierto que en la actualidad se mezclan en algunos de ellos nuevas y muy reales motivaciones, como el trazado de los oleoductos procedentes del Caspio. Pero no deja de ser sintomático el hecho de que incluso tales disputas se disfracen con los viejos ropajes emocionales de antaño: por ejemplo, la apelación al genocidio armenio de 1915 en medio de las negociaciones para el acceso de Turquía a la Unión Europea. Y más

todavía, que tales planteamientos posean todavía un enorme tirón emocional en la Europa occidental, maestra de mitos nacionales y nacionalistas para todo el área del desaparecido Imperio otomano.

Una de las grandes paradojas de esta historia es que al final los rusos serían los causantes, aunque indirectos, del desmoronamiento final del Imperio otomano, a pesar del empeño que habrían mantenido ingleses (y en parte franceses) por conservarlo vivo a lo largo del siglo XIX. Tras el estallido de la Gran Guerra, en agosto de 1914, la Sublime Puerta llegó a la conclusión de que intentar mantenerse neutral en el conflicto, como había hecho durante las guerras napoleónicas, no serviría de nada en esta ocasión. Los rusos deseaban borrar las humillaciones de 1905 y convertirse en potencia dominante, incluso a costa de la destrucción del estado alemán y su desmembramiento, tal como se desprende de los denominados "Doce Puntos de Sazonov" que marcaban sus objetivos de guerra iniciales. Desde Estambul se creía que los franceses y sobre todo los británicos les permitirían esta vez a Rusia hacer lo que quisiera; esto implicaba que tampoco moverían un dedo si esa potencia aprovechaba para imponer sus reclamaciones al Imperio otomano, aunque se mantuviera neutral. Dada la naturaleza de la contienda que se estaba librando, era de esperar que la primera exigencia sería la de libre tránsito por los Estrechos o incluso su control directo. Y a partir de aquí, un chorro de imposiciones adicionales que respaldarían Londres y París, que aprovecharían para satisfacer sus intereses en Occidente. Esa fue la razón por la cual Estambul se decidió, ya en octubre de 1914, por aliarse con Alemania, que por entonces parecía el contendiente más capz y a la vez menos peliagroso para el Imperio otomano, dada su lejanía y la importancia relativa de sus intereses en él.

Fuese una predicción acertada o provocada por la decisión que tomó el gobierno otomano, británicos y franceses decidieron que ya sólo cabía planear la forma en que podrían sacar el mejor partido de los despojos del Imperio otomano, caso de que la Entente ganara la guerra. Pero lo que resulta más revelador de la cuestión fue que los planes de Londres se hicieron poniendo la máxima atención en protegerse de los futuros enemigos en la zona: los rusos. Si estos deseaban destruir al Imperio otomano, ingleses y franceses reordenarían sus restos para paliar en la medida de lo posible las consecuencias del control ruso sobre los Estrechos, y quizá parte de Anatolia; y desde luego, Oriente Próximo no caería en manos eslavas. Ese fue, en parte, uno de los objetivos políticos buscados al fomentar la revuelta árabe y el paralelo reparto de los actuales Palestina, Líbano, Siria, Jordania e Irak entre Londres y París.

Los británicos siempre tuvieron interés en mostrarse como los grandes instigadores de la épica revuelta árabe de 1916, lo que en teoría les daba más derechos sobre el resultado final de la misma que sus competidores franceses y rusos cuando llegó el momento de descuartizar el Imperio otomano sin contemplaciones. Como se sabe, Londres acumuló promesas sobre promesas: a los árabes la creación de un gran estado o incluso un imperio propio sobre las ruinas del otomano. A los franceses, el reparto del Próximo Oriente a partir del tratado de Sykes-Picot; a los italianos, una porción de Anatolia, a los rusos, antes de la Revolución de Octubre, como se ha mencionado, casi todo lo que quisieron pedir: el control de los Estrechos y la zona oriental de Anatolia. Por ello, resulta apasionante descubrir hasta qué punto, en esos grandes manipuladores y remodeladores del Imperio otomano que fueron los británicos, terminaron mezclándose claros objetivos estratégicos con discursos románticos.

Tras la Revolución rusa, Londres buscó afanosamente la creación de una línea de control estratégico que atravesara el Próximo Oriente árabe, desde el Golfo Pérsico

al litoral mediterráneo. Esa opción no sólo actuaría como “cordón defensivo” de Egipto y Suez frente al peligro ruso, más al norte, sino que en sí misma sería una vía de acceso alternativo hacia la India. En todo caso y dado que el dispositivo debía quedar reforzado con el tendido de un ferrocarril transversal que lo hiciera más defendible, el problema mayor lo constituía el punto de salida hacia el Mediterráneo, que podía variar desde la ciudad de Alexandretta (hoy Iskenderun) en la Cilicia, o en Palestina.

Sólo que el territorio prometido a los franceses complicaba mucho el acceso a las costas mediterráneas. Por si faltara algo, el texto final del acuerdo Sykes-Picot incluía que la problemática Palestina sería gobernada por una administración internacional (“Condominio Aliado”) cuya forma final sería establecida tras la guerra, previa consulta con Rusia. Teóricamente, esta situación obedecía al asentamiento en la zona de unos 90.000 colonos judíos en virtud de las campañas sionistas de regreso a la tierra Prometida, que habían comenzado a arrojar sus frutos en 1882, pero que a partir de 1905 experimentaron un gran auge. Sin embargo, la idea de un “Condominio Aliado” sobre lo que de hecho era una pequeña parte de Palestina, se debía a la presión ruso-francesa. De hecho, existía un acuerdo secreto entre ambos aliados: Rusia había prometido apoyar los objetivos franceses en Palestina en las futuras negociaciones con los británicos. Y los franceses argumentaban que toda la fachada marítimo de Tierra Santa, junto con Líbano, formaban parte de la Siria histórica. Por lo tanto, la administración internacional del territorio había sido fruto de un arreglo de compromiso, un acuerdo que no enturbiara las relaciones entre aliados por la disputa sobre Palestina, en espera de la victoria final sobre los Centrales. De hecho, cuando el acuerdo se hizo público, tanto en Francia como en Gran Bretaña se hizo impopular porque las opiniones públicas de ambos países se sintieron decepcionadas. Y en buena medida -y aunque parezca increíble hoy en día- ello tenía que ver con la posesión de Palestina, asociada a los mitos medievales de las cruzadas.

Dentro de ese esquema, uno de los objetivos preferentes en el Próximo Oriente pasó a ser el de modificar el acuerdo de Sykes-Picot “a fin de darle a Gran Bretaña el definitivo y exclusivo control sobre Palestina”. Para ello, el nuevo gabinete comenzó a utilizar la carta de las aspiraciones sionistas, aunque como escribió su Anthony Asquith, el anterior primer ministro, a Lloyd George le importaba un ardite el pasado o el futuro de los judíos. Lo que se le antojaba un “ultraje” era dejar “los Santos Lugares en posesión o bajo el protectorado de la ‘agnóstica, atea, Francia’”. En efecto, ya desde el otoño de 1914, a poco de la entrada en guerra del Imperio otomano, andaba dando vueltas por los despachos del Foreign Office el informe Herbert Samuel a favor de que el gobierno británico impulsara la creación de un Estado judío en Palestina. Pero el primer ministro Asquith percibió claramente los problemas que podría traerla a Gran Bretaña un compromiso en esa dirección: la emigración masiva de judíos desde los cuatro rincones del mundo “que en el debido momento obtendrán la Home Rule”ⁱⁱ.

Así fue como, en base a los planteamientos geoestratégicos de Lloyd George, tendientes a revisar en profundidad el Acuerdo Sykes-Picot en perjuicio de Francia, el 2 de diciembre de 1917, el Secretario de Exteriores, Arthur James Balfour dio a conocer la célebre Declaración que lleva su nombre y en base a la cual el gobierno británico “veía favorablemente” el establecimiento de un “hogar nacional” para el pueblo judío en Palestina. La fecha no era causal: por entonces estaba en pleno desarrollo la ofensiva británica en Palestina, que el día 8 de ese mes llevó a la toma de Jerusalén. El general Allenby ofreció la Ciudad Santa a Lloyd George como regalo de Navidad.

Menos de un año más tarde, el Imperio otomano se hundió. Pero para entonces los grandes planes puestos en marcha por las potencias de la Entente ya habían perdido su utilidad o pronto lo harían. El Imperio ruso se hundió y las disposiciones estratégicas

ideadas por los británicos perdieron buena parte de su utilidad, pues el enfrentamiento con la Rusia soviética no se basaba ya en los viejos presupuestos de la gran geopolítica, sino en la influencia ideológica. A cambio, rusos, británicos y franceses se habían pasado dos siglos concibiendo unas fuerzas que progresivamente fueron quedando libres y actuando por su cuenta. El primer aviso llegó con las guerras balcánicas de 1912-1913, aunque con precedentes muy claros en la crisis de 1875-1878. Y todo ello arrancaba de las insurrecciones serbia y griega a comienzos del siglo XIX. A partir de 1918 ya estaban sobre el tablero todas las piezas vivas que casi un siglo más tarde seguirían jugando por su cuenta mortíferas partidas, desde Kuwait a Bosnia, desde Ruyad a Nagorno-Karabaj.

En definitiva, el Imperio otomano se convirtió en la matriz de las futuras grandes crisis del siglo XX debido a una serie de causas muy evidentes. En primer lugar, su situación en la periferia europea, que hacía de él un territorio geográficamente muy accesible para las grandes potencias intervencionistas del siglo XIX. Eso transformó al Imperio otomano en un laboratorio del imperialismo europeo y como tal, nunca terminó de ser un modelo perfecto. Además, el empeño en mantener vivo al Hombre Enfermo aunque fuera podando –o permitiendo la autodeterminación- de ciertos territorios periféricos, obligó a mantener latentes algunos conflictos –como el que plantaban los armenios- que a la larga crearon graves problemas estructurales en el Imperio otomano. Por otra parte, las grandes potencias intervinientes nunca pudieron mantener la suficiente distancia emocional con respecto a los efectos que ellas mismas estaba generando en la zona. Las antipatías que despertaba el recuerdo histórico del “azote turco” de los siglos XV al XVII, las obsesiones nacionalistas con la épica de las cruzadas, la problemática judía, la mala conciencia histórica asociada a la caída de Constantinopla o el impacto de las mitologías nacionalistas balcánicas: todas esas imágenes y algunas más eran suficientes como para enzarzar a las grandes potencias en decisiones precipitadas o intervenciones manipuladas por intereses locales. Un componente que ayuda a explicar por qué si bien el Imperio otomano terminó desapareciendo, los mecanismos que habían llevado a su destrucción perviven a comienzos del siglo XXI, sembrando la discordia y creando la falsa sensación de que las viejas causas sigeun vivas y merece la pena pelear por ellas generación tras generación, por los siglos de los siglos.

El mito literario de Lawrence de Arabia, amplificado por su propia habilidad como escritor y autor de esa soberbia obra que es *Los siete pilares de la sabiduría* (1926) y encuadrado todo ello en el gusto de la sociedad británica de entonces por la épica imperial, hacen olvidar el hecho de que los árabes permanecieron leales a los turcos durante la mayor parte de la guerra y eso a lo largo y ancho de extensas regiones del Imperio otomano. Por ejemplo, el Cuarto Ejército fue formado, en su gran mayoría, a base de reclutas árabes. En Gallípoli, turcos y árabes lucharon juntos en condiciones de gran dureza, hasta arrojar de nuevo a británicos, australianos y neozelandeses al mar.

La revuelta árabe, que comenzó en junio de 1916, liderada por el emir Husayn, por entonces jefe de la Meca, secundado por sus tres hijos, se circunscribió durante muchos meses al Hijaz, sin salir de esa región ni extenderse al resto de las provincias árabes. Siria no se contagió, ni tampoco Irak, donde las fuerzas indo-británicas fueron derrotadas y humilladas por unidades turcas y árabes. Tampoco se produjeron

defecciones de personalidades políticas árabes de relevancia. Es cierto que la trascendente ciudad de La Meca estaba situada en el epicentro de la rebelión del emir Husayn; pero se suele olvidar que en Medina, otro importante símbolo para el Islam, la guarnición otomana, de sólo 3.250 hombres, resistió allí durante toda la guerra y obligó a los rebeldes árabes a empeñar importantes fuerzas en su asedio. Por otra parte, inicialmente la revuelta de Husayn no cosechó simpatías en el mundo islámico ni tan siquiera en el árabe, lo que incluía a los países situados en zona aliada. Ni siquiera egipcios o argelinos recibieron la noticia con alegría; en parte por desprecio hacia los beduinos, pero también por recelo hacia las intenciones de los británicos con respecto a los Santos Lugares del Islam. En el interior del Imperio otomano, la indiferencia o desprecio hacia Husayn estaba tan extendido que los intentos británicos de reclutar prisioneros de guerra iraquíes para que lucharan con los beduinos rebeldes de Arabia, fueron un rotundo fracaso. De hecho, en la misma ciudad de la Meca, la mayoría de sus habitantes seguían siendo pro turcos medio año después del estallido de la revuelta; la situación no cambiaría a favor del jerife hasta noviembre de 1917.

ⁱ Para la personalidad de Abdülaziz, vid. John Freely, op. cit., pags. 285-288

ⁱⁱ Efraim Karsh & Inari Karsh, op. cit., pag. 249